

**SALINAS, Sergio: El tres letras. Historia y contexto del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Santiago de Chile, RIL Editores, 2013, 361 págs.**

La violencia política ha estado presente durante toda la historia de América Latina. Desde las guerras de independencia que les dieron origen, todos los Estados latinoamericanos la han experimentado en alguna de sus modalidades (guerras civiles, insurrecciones populares, golpes de Estado, etc.), como un instrumento político válido. En la década de 1960 se instaló con fuerza en algunos sectores de la izquierda latinoamericana la creencia de que la vía armada era el único camino para alcanzar el poder y realizar las grandes transformaciones estructurales que estas sociedades necesitaban.

Con este libro sobre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, Sergio Salinas continúa una interesante línea de investigación que ha venido desarrollando desde hace varios años sobre la violencia política en Latinoamérica, en la que busca incorporar la comprensión de los aspectos subjetivos de quienes emprendieron la lucha armada en las décadas de 1960 y 1970. No se pretende aquí abarcar la historia completa de este partido, sino que utilizarlo como un caso de estudio para abordar una temática mayor: la del imaginario de la lucha armada en América Latina en la segunda mitad del siglo XX.

El libro de Salinas apunta a un objetivo más complejo, que es profundizar en la racionalidad de la violencia política, entendiendo que esta no es simplemente una expresión de irracionalidad sino que adquiere sentido bajo ciertas visiones de mundo. Para el autor lo importante es entender las racionalidades de los actores (individuales y colectivos) y del propio conflicto, para lo cual es necesario, como él afirma, “superar las perspectivas maniqueas, de los buenos y los malos, y pensar integralmente los problemas de la sociedad y relacionarlos con los conflictos” (20). Es decir, la violencia política debe ser analizada a partir de sus vinculaciones con otras dimensiones políticas y socioculturales (literatura, cine, ciencia, etc.). Esto permite entender mejor que quienes han apostado por dicha alternativa lo hacen bajo un contexto sociocultural que le da sentido.

Un segundo aspecto a destacar del libro es la apuesta del autor por realizar una “historia social comprensiva”, que no solo busca conocer las causas estructurales de la violencia política armada en Chile, sino que también incorpora la dimensión subjetiva de la acción social para entender la manera en que se construyeron los sentidos que orientaron la acción de los militantes del MIR. El autor asume que la Historia no solo debe dar cuenta de las condiciones materiales de las sociedades y épocas que aborda, sino que también de las subjetividades de los individuos, para lo cual recurre a métodos interpretativos y comprensivos que permiten dar cuenta del universo mental de los sujetos, de sus creencias e intenciones.

Para esta búsqueda de los sentidos subjetivos el autor enmarca su investigación dentro del campo de los estudios sobre memoria social como visión analítica para interpretar las luchas y conflictos entre las diferentes versiones del pasado; las relaciones que se tejen entre pasado, presente y futuro, y las relaciones que se establecen

entre pasado e identidad. Este uso de la memoria social resulta muy interesante, ya que permite desarrollar una historia política que no está centrada únicamente en los grandes líderes, sino que también en las personas comunes y corrientes que, desde distintos perfiles sociales, compartieron ese ideario de la política armada. Para esto, el autor recurrió a fuentes escritas (documentos políticos y publicaciones del MIR) y, además, a fuentes orales recogidas mediante entrevistas estructuradas a diversos tipos de militantes de la época, las que le dan una especial riqueza a la investigación.

El libro está estructurado en cinco capítulos. Los tres primeros analizan los contextos en los cuales se origina el MIR, tanto a nivel global como también regional y nacional. En los dos siguientes capítulos, el autor se centra en el partido, describiendo sus orígenes y primeros años de desarrollo para, posteriormente, en el último capítulo analizar el proceso de radicalización ideológica que llevó a muchas personas a militar en él.

En el primer capítulo, “Los hitos históricos: los hechos portadores de futuro”, se analiza el contexto global, resaltando los procesos que, a juicio del autor, tuvieron mayor influencia en el surgimiento de una Nueva Izquierda Revolucionaria (NIR). Salinas analiza aquí diversos fenómenos sociales que alteraron no solo las relaciones internacionales, sino que también la vida cotidiana en muchas regiones del mundo. Entre los distintos hitos analizados encontramos la estrategia de política internacional estadounidense (Alianza para el Progreso y la Estrategia de Seguridad Nacional), la crisis del estalinismo en la URSS, el surgimiento del llamado Tercermundismo y las revueltas estudiantiles en distintas partes del mundo, entre otros. Sin embargo, cabe destacar dos hitos: el surgimiento durante la década de 1960 de la Teoría de la Dependencia y de la Teología de la Liberación. Quizás el único elemento que se extraña en este gran marco es la descripción de la NIR en Europa, donde también surgieron diversos grupos que propugnaban la lucha armada.

El segundo capítulo, “El contexto regional: la revolución llega a Latinoamérica”, analiza el fuerte impacto que significó la Revolución Cubana y el foquismo guevarista en el surgimiento de una NIR en América Latina, que da origen a diversos movimientos guerrilleros a lo largo de toda la región, presentándose un interesante repaso de las principales experiencias de guerrilla en la década de 1960. Para el autor, la ruptura que la NIR establece respecto de la izquierda “tradicional” se debe no solo a un debate ideológico, estratégico y táctico entre ambas izquierdas sobre el uso de la violencia política, sino que también al desarrollo de un nuevo discurso en el que la violencia aparece como inherente a lo político, generando incluso un nuevo imaginario simbólico.

En el tercer capítulo, “El contexto nacional”, el autor se adentra en la situación de un Chile que en la década de 1960 estaba experimentando profundos cambios, tanto políticos como socioculturales, y que constituyeron elementos impulsores en el surgimiento del MIR. Salinas apuesta aquí por complejizar el análisis histórico, no limitándose a describir únicamente las tensiones del sistema político sino que incluyendo también los procesos que estaban sucediendo en otros ámbitos de la sociedad, como las grandes transformaciones sociales de la época (migración campo-ciudad, marginalidad urbana, etc.); los cambios en el mundo universitario e intelectual y el impacto en el mundo católico chileno del concilio Vaticano II, entre otros. La vinculación de todos estos ámbitos le permite al autor reflejar la tensión que vivía el conjunto de la sociedad chilena de la época y que presionó por la búsqueda de nuevas vías para transformar la estructura social.

Los dos siguientes capítulos se centran ya propiamente en el MIR. El cuarto capítulo, “Subjetividades y contextos. La formación del imaginario político en el MIR”, describe el surgimiento e inicios del partido; su compleja relación con el gobierno de la Unidad Popular y, posteriormente, su reacción al golpe de Estado de 1973. Uno de los aspectos más interesantes del capítulo es la descripción del proceso de confluencia de diversas vertientes políticas (trotskistas, sindicalistas de tradición anarquista, ex militantes socialistas y comunistas y otros pequeños grupos de tendencia revolucionaria) que apostaban por la “acción directa” y la “insurrección popular armada” en contraposición a la estrategia electoral que defendía la izquierda comunista y socialista. Con esto, el autor no solo da cuenta de que el MIR hunde sus raíces en diversos sectores de la izquierda chilena, sino también que ocupó un lugar estructural en el sistema político aglutinando a quienes desconfiaban de la capacidad del sistema democrático para no llevar a cabo una transformación profunda de la sociedad.

El quinto y último capítulo, “Subjetividades: de la radicalización ideológica a la radicalización política en el MIR”, es el que tiene la apuesta teórica más interesante del libro, ya que busca entender el proceso de radicalización política que experimentaron los diversos militantes que conformaron este partido revolucionario, y que llevó a muchos de ellos a constituirse en cuadros político-militares de tiempo completo, sacrificando otros ámbitos de su vida. El autor busca “reconstruir el proceso de aprendizaje ideológico-político que dio lugar a la identidad política revolucionaria” (279). Para esto recurre a las entrevistas y a las memorias escritas de diversos tipos de militantes (desde un fundador como Pascal Allende hasta quienes eran simples militantes de base), como una forma de rastrear dicho proceso de radicalización política, abarcando desde los inicios de la militancia (lo que llevó a cada uno a optar por entrar al MIR y asumir sus exigencias) hasta los aspectos ideológicos, morales e, incluso, estéticos que motivaban dicha vinculación.

Entre los diversos aspectos que resaltan en este capítulo, uno de los más interesantes es el proceso de radicalización del mundo católico que no encuentra en la institucionalidad eclesial los cauces para expresar su preocupación. Este fenómeno queda muy claro a partir de muchos de los casos presentados. Como plantea Salinas, el MIR fue capaz de entregarle a muchos de ellos un paradigma, una cosmovisión, desde el cual pudieron resignificar sus valores e ideas políticas prerrevolucionarias, creando un sentido de pertenencia y una visión mesiánica en la cual la lucha revolucionaria se asimila a la promesa de la redención social y de un sacrificio heroico por la causa.

El libro de Salinas nos ayuda a entender cómo la acción política se sustenta en “imaginarios” que si bien pueden ser difusos y fragmentados logran proporcionar un sentido a la violencia política. Tal como describe el autor, la elaboración de un imaginario no es un producto elaborado conscientemente, sino más bien una compleja confluencia de múltiples factores en la que participan muchos actores. En el caso del MIR confluyen diversos elementos que si bien pueden parecer muy disímiles, como las preocupaciones cristianas, la estética guevarista o los escritos revolucionarios vietnamitas, entre muchos otros, terminan creando una visión de mundo que solo posteriormente se solidifica en un corpus ideológico que fundamenta la lucha política armada.

Esta noción de imaginario como sustento de la acción política permite cuestionarse diversos temas relacionados con la violencia política. Por ejemplo, el rol de los intelectuales en los procesos revolucionarios. En la tradición marxista estos ocupan una función central como creadores de la ideología que va a orientar la acción, pero en

el caso del MIR vemos que si bien la intelectualidad (representada en los teóricos de la dependencia) cumple un rol relevante, es solo uno más de muchos factores igualmente importantes.

Para concluir, podemos decir que como en toda buena investigación, tras leerla surgen nuevas preguntas que motivan a ampliarla. Sería muy interesante plantear una perspectiva comparativa con otros partidos de izquierda en esa misma época, en particular respecto a la reflexión sobre el sentido de la violencia política. Por otra parte, también sería muy importante ampliar este análisis a otros actores de la violencia política, porque, hay que decirlo, en esos años no solo es la Nueva Izquierda Revolucionaria la que reivindica la violencia armada como herramienta política, sino que también las Fuerzas Armadas latinoamericanas, las que no solo reaccionaron de manera “defensiva”, sino que le dieron un sentido político a su violencia.

*Por Sebastián Monsalve E.*

